

Mi educación

Susan Choi

ALBA • CONTEMPORÁNEA



Mi educación

Susan Choi

Traducción Laura Vidal

1992

Desde mi llegada la semana anterior había estado oyendo hablar de una persona con mala fama y ahora, al entrar en el atestado salón de actos, reparé en un hombre de lo más llamativo. *Es él*, me dije, lo que por supuesto era absurdo. Era una universidad inmensa, con cientos de almas. No había motivo alguno por el que aquellas dos maneras de llamar la atención –notoriedad escandalosa y un atractivo excepcional, incluso siniestro– debieran coincidir en la misma persona. Y sin embargo así era. Aquel hombre era Nicholas Brodeur, aunque eso no lo supe hasta más tarde.

La primera vez que le vi, antes incluso de estar segura de quién era, tuve claro que su atractivo estaba acompañado de altas dosis de ridiculez. Llevaba un abrigo de paño largo en pleno septiembre. El pelo rubio sucísimo sobresalía en mechones pajizos de punta debido al uso generoso de algún fijador, como si estuviéramos en 1982 y no en 1992, y llevaba unas gafas de sol como las de Lennon, con lentes completamente negras, como si estuviera al aire libre y no en un lugar cerrado. En líneas generales, y en consonancia con su parecido a un cartel de los Joy Division, se comportaba

como si tuviera veinte años y no, como luego sabría, casi cuarenta. Pero con todo y con eso seguía siendo, y con diferencia, el hombre más atractivo de la sala y desde luego el más atractivo que había visto yo en carne y hueso hasta aquel entonces. Aún no había vivido en ninguna de las grandes ciudades del mundo en las que se congrega esta clase de especímenes, pero ahora que ya lo he hecho sigo incluyéndolo en esa categoría. Y él debía de saberlo; había en su actitud una suerte de vanidad a la inversa, la insinuación de que lo ridículo de su indumentaria era el resultado de cierta impaciencia respecto a los efectos que producía su belleza. Estaba de pie al fondo, solo, con los pies separados de la pared y la espalda apoyada en la misma. Las comisuras de la boca ligeramente levantadas en una expresión ambigua que no llegaba a ser una sonrisa. Tenía las manos metidas en los profundos bolsillos del abrigo. Aquella actitud chulesca tan fuera de lugar parecía atraer a todos los que le miraban, yo entre ellos.

Casper era el único compañero de clase de mi programa de posgrado con el que había conseguido hacer amistad. Cuando llegó y se desplomó en el asiento que le había reservado, miró directamente al hombre. «¡Válgame Dios! –dijo–. ¿Me lo quiero follar, o ser él?» Ser él parecía la opción menos arriesgada.

Antes siquiera de matricularme en la universidad ya me habían vacunado en contra del malvado Brodeur. Durante una visita al campus la primavera anterior mi café informativo con una estudiante de poesía de segundo año de posgrado había sido interrumpido por una estudiante de grado atemorizada y arrebolada a quien la alumna de segundo año abrazó con vehemencia y a la que me presentó pomposamente como «alguien con quien debe hablar cualquier mujer que esté

considerando la posibilidad de estudiar aquí». Mientras preparaba su tesis doctoral, dirigida por Brodeur, la estudiante en cuestión había sido atormentada de maneras que no podían detallarse sin infligirle nuevos tormentos. El resultado hasta el momento había sido una petición exigiendo su despido, pero la estudiante de segundo año confiaba en que fuera seguida de un castigo aún más severo. Aquélla no era más que la petición más reciente provocada por el más reciente de los delitos sexuales de Brodeur. Se rumoreaba que le pedía a sus estudiantes del sexo femenino que le leyeran a Donne mientras él se tumbaba en el suelo de su despacho, a oscuras, se suponía que para masturbarse. Se decía que recitaba pareados subidos de tono alusivos a pechos mientras miraba sin disimulo los pechos de sus alumnas en el aula. Había asistido, en el cine estudio del campus, a un pase de una de las últimas películas de Roman Polanski –el violador– muy mal acogida por la crítica y, a diferencia del resto del público solemne y censor, que estaba allí para afilar los cuchillos críticos, al parecer se había reído tanto que se había caído literalmente de la silla. Entre toda aquella siniestra información que se me proporcionó, el hecho de que las relaciones con su mujer, también miembro del claustro, fueran oscuras y caóticas no fue más que una superflua nota a pie de página.

Yo era tan susceptible a esta clase de chismorreos como cualquiera; éste se me quedó más grabado que los títulos de las lecturas obligatorias para mis primeras asignaturas de posgrado. Y sin embargo, por opuestos que parecieran en cuanto a su valor, el chismorreos sa-laz y las obligaciones académicas me parecieron igual de emocionantes, como hebras de distinto color de un mismo manto: el de la edad adulta.

Al licenciarme en la universidad descubrí de repente que me había Hecho Mayor y que los estudios de posgrado eran mi edén, en el que podía nombrar y enseñorearme de todas las cosas hermosas y primigenias, incluso de aquellas con mácula, como el malvado Brodeur. Absorbí su naturaleza malvada con el mismo entusiasmo que el resto de las nuevas particularidades. Los alquileres eran más bajos fuera de la colina de la universidad que en ella. La mejor tienda de alimentación era Friel's, no Mighty Buy. Nicholas Brodeur era un depredador –¡y no digamos ya un sexista!– cuya presencia continuada en el campus era la demostración palpable de la triste realidad que habíamos aprendido en Estudios Feministas (y por tanto resultaba gratificante, aunque la mayoría de nosotras no estuviéramos dispuestas a reconocerlo). Pero a pesar de que yo tenía toda la arrogancia de los que se creen iniciados respecto a Nicholas Brodeur y a todo lo demás, nadie me había advertido de su belleza, que para los verdaderos iniciados era cosa sabida. Me di cuenta de que la conciencia de su belleza vibraba bajo cada acusación. Era el secreto a voces que confería a las acusaciones su vehemente subtexto.

La concurrencia de cientos de personas en aquel salón asfixiante se debía a un programa de lecturas organizadas por el departamento de escritura para combatir el hambre en el mundo. Lo que no estaba claro era cómo podrían aquellos poemas taciturnos o esos confusos extractos en prosa, cada uno de ellos precedido de extensas explicaciones sobre su contexto, combatir el hambre en el mundo. La entrada era libre y no había nadie recogiendo donativos. Y sin embargo no asistir a las lecturas suponía admitir una indiferencia ante el hambre en el mundo sobre la que ni siquiera Casper y su lengua viperina se pusieron sarcásticos. A

pesar de que fuera hacía un día espectacular, en el salón ya no quedaban asientos libres y la atmósfera era una extraña combinación de estulticia colectiva y ostentosa arrogancia por el bien que estábamos haciendo. Yo reconocí solo a unos pocos de los estudiantes, repartidos aquí y allí, y a menos aún de los intérpretes, que fueron subiendo al escenario uno a uno simulando, quizá un poco excesivamente, bien humilde renuencia, bien ágil despreocupación, alternándose ambas actitudes casi con la misma coherencia con que se alternaban los géneros: poeta, novelista, poeta, etcétera, y todos, una vez concluida su lectura, presentando al colega siguiente en una jerga universitaria y sardónica que en ocasiones provocaba risas dispersas de los iniciados ocultos entre el público. No recuerdo ni una sola palabra de lo que se leyó. Ni siquiera era capaz de decir, una vez que los lectores volvían a sus asientos, quiénes de ellos habían leído poesía y quiénes prosa. Adoptando mi propia pose de encandilada admiración, como si el poder de las palabras guiara mi mirada hasta más allá de los confines del salón de actos, volví muy despacio la cabeza hacia el fondo del mismo, pero estaba ya tan lleno de gente de pie que no le vi. Quizá se había marchado.

Cuando terminó la lectura tardamos mucho en poder siquiera levantarnos.

—Qué disgusto. Byron y los Pegamoides no ha leído —dijo Casper.

—¿El hombre que estaba de pie al fondo? Pero ¿es poeta?

—¿Y qué otra cosa va a ser si no?

–Algo me dice que es Nicholas Brodeur –admití, pero Casper dijo que ni hablar.

–Brodeur es spenseriano –me explicó–. Así que tiene que ir de *tweed*. Violador si quieres, pero de *tweed*. Te estás guiando por estereotipos.

Más tarde esa misma semana, cuando subí las escaleras después de mi primer día de clase, Dutra ya estaba en casa, despatarrado en el balancín del porche con una botella de cerveza medio vacía.

–¡Qué locura de día! –me quejé y regocijé, aunque de entrada él decidió oír solo la queja.

–Está claro que necesitas un trago –dijo, y me lanzó la botella, por lo que tuve que aceptar.

Dutra tenía una manera saltarina de expresarse, como si el mensaje fuera siempre «¡Lo pilló!». Por lo general hablaba en voz demasiado alta para su entorno, para el porche de una de aquellas manzanas de casas de estructura de madera feas y ahogadas en hojas caídas en una tarde de verano somnolienta y calurosa como aquella, por ejemplo. Pero lo desproporcionado de su voz casaba bien con su cara larga y delgada de contornos en absoluto suavizados por un rapado de barbería de cinco dólares, en la que apenas cabían una nariz aguileña grande y algo ganchuda, ojos verdes grandes y rasgados, una boca móvil y enormes orejas de soplillo que manipulaba sin fin igual que un payaso, propulsando las cejas o sonriendo de lóbulo a lóbulo. Sin embargo, en sus escasos momentos de reposo era fácil imaginarle dirigiendo a los argonautas y haciendo chocar su espada contra el suelo.

Mi teoría más reciente era que el escaso garbo con el que se movía –arrastrando los pies con los hombros encogidos o desplomándose en la hamaca igual que un trozo de madera de desecho lanzado a un montón– tenía como objetivo enmascarar su musculatura felina, proporcionarle una ventaja oculta. Parecía disfrutar especialmente del hecho de estar subestimado, una circunstancia que constituía el mensaje de la historia que me estaba contando y que sin duda desempeñaba un papel en nuestra relación de entonces. Resulta que Dutra y yo nos acostábamos. Diez días antes, la misma noche de mi mudanza, me había seducido, con la misma ausencia de esfuerzo y de presunción con los que me había pasado ahora la cerveza.

La historia que me estaba contando tenía que ver con una sesión de adiestramiento al estilo militar por la que acababa de pasar. Había empezado el día despreciado como un listillo famélico y lo había terminado elegido unánimemente capitán del equipo, un triunfo típico de él.

–Era la cosa más bestia que se te pueda ocurrir: aplastar al individuo, forjar el colectivo y patear el culo al más puro estilo militar –siguió contándome mientras alargaba un brazo por detrás de la cabeza para coger dos cervezas más del *pack* de seis–. Escalar paredes, columpiarse colgados de una cuerda, tirarse con los ojos vendados de cosas en alto a una red que se supone está sujetando alguien. Hacia el final del día, cuando estábamos haciendo eso (tapándoles los ojos, ayudándoles a subir la escalera, convenciéndoles de que saltaran sin tener ni idea de si alguien los va a coger o van a terminar partiéndose el cuello), uno de los residentes me dice: «Tú vas a ser un gran médico. Confían en ti».

La fanfarronería impertérrita de Dutra era para mí como un sedante. No estaba acostumbrada a semejante seguridad en uno mismo. Dutra exponía sus facultades superiores porque eran un hecho, no porque necesitara mi conformidad. Era la misma actitud con la que me había expuesto las peculiaridades del apartamento el día que fui a visitarlo: el apartamento estaba, y lo estaría mientras él fuera el inquilino, absolutamente desordenado y funcional –no tenía ni tiempo para, ni interés en la belleza–, pero nunca sucio; no toleraba la suciedad. Se remangaba la camisa y se ponía a fregar; limpiaba ventanas, hacía la colada, pero no perdía tiempo en ordenar las cosas; no hacía falta decir que yo haría lo mismo. En lo referente a los espacios compartidos, debía sentirme libre de hacer lo que quisiera siempre que no me opusiera a sus costumbres, que eran principalmente fumar marihuana, ver la televisión y estudiar para ser cirujano vascular, actividades todas ellas que cultivaba a todas horas y de manera simultánea y que estaban necesariamente ligadas las unas a las otras. Por último, aunque el apartamento estaba amueblado, tal y como decía el anuncio, las dos habitaciones que me ofrecía estaban por completo vacías. No había ni siquiera persianas o bombillas.

Cuando llegué a la ciudad yo tenía los mismos muebles que cuando empecé la universidad cuatro años antes. Había marcado el anuncio de Dutra con un círculo cuando leí la palabra «amueblado».

–¿No habrá –había aventurado yo en el curso de aquella primera conversación– una silla y una mesa, o una estantería, o algo? ¿En el desván a lo mejor? ¿O en el sótano?

El apartamento era la mitad de una casa de madera, la mitad de un porche delantero; la mitad de una primera planta, con cuarto de estar, comedor y cocina; la mitad de una segunda, con tres habitaciones, una grande en la parte frontal que era suya y dos más pequeñas, las que estaban disponibles, junto al pasillo y al fondo, justo al lado del cuarto de baño; la mitad de un sótano, la mitad de un desván y la mitad de un pequeño jardín. La otra mitad de la casa –había sido construida como una única estructura, con dos partes idénticas, simétricas– la ocupaban sus propietarios, para quienes Dutra era su único inquilino y por tanto con quién viviera era solo asunto suyo. Yo tenía que pagarle el alquiler a él y él se haría cargo de las facturas.

–No –había dicho Dutra.

Estábamos juntos en el rellano mirando las habitaciones desnudas e inmaculadas que, tuve la sensación, no solo habían sido limpiadas, sino esterilizadas y tal vez, exorcizadas.

–¿Y una cama? –había preguntado yo, tratando de aparentar alegre despreocupación.

–No –había dicho Dutra–, pero puedes dormir en el sofá, o conmigo, hasta que tengas una.

Hasta unas horas después no fui consciente de haberle oído bien; en el momento me limité a decir, mientras bajábamos las escaleras:

–¿Vivía antes alguien en estas habitaciones?

–Sí –dijo Dutra, con énfasis, pero sin explayarse.

Su nombre completo era Daniel Francis Dutra y su conquista de la universidad sí era una historia en la que le gustaba explayarse, puesto que magnificaba el *leitmotiv* de su ventaja oculta en la vida.

Era de Nueva York, hijo único de una madre peluquera y un padre holgazán y pérfido que los abandonó cuando Dutra tenía tres años. La madre de Dutra, a quien éste adoraba y regañaba por teléfono durante horas por sus numerosas manías, le había educado para creer en sí mismo, por decirlo de una manera suave, y el resultado fue que consiguió entrar en el Bronx High School of Science, donde había sido recibido con devoción. De allí había ido a la NYU gracias a múltiples becas con mecenas literalmente peleándose por darle dinero; en la NYU había puesto en marcha un negocio de tráfico de drogas que había hecho historia; después, en rápida sucesión, había perdido el curso, teniendo una sobredosis y antecedentes penales porque su novia de entonces «en un momento de debilidad» había llamado a una ambulancia al verle azul en lugar de, como habría hecho cualquier persona con sentido común, obligarle a caminar y echarle agua en la cara hasta que hubiera revivido. Su ruina había sido total. Despojado de sus becas, expulsado de la facultad, demasiado asqueado de su novia como para perdonarla por buscar ayuda para salvarle la vida, había cogido lo que quedaba de él y se había mudado a la pequeña localidad de Cortland, donde se había inscrito en la universidad municipal. El contacto con los humildes compañeros que tuvo allí, la mayoría de los cuales nunca habían puesto un pie en Manhattan, salían con sus primos o primas, escuchaban a la Allman Brothers Band y se esforzaban valerosa e inútilmente por aprender las partes de una célula, había curado a Dutra de su arrogancia, tal y como recordaba arrogantemente. En la universi-

dad municipal se había aburrido profundamente pero también había tenido mucho cuidado de acumular sobresalientes y créditos, y cuando solicitó el traslado a nuestra universidad como un diamante en bruto procedente de la vecina y minúscula Cortland en lugar de como el hijo pródigo de Nueva York fue admitido con regocijo, y allí estaba desde entonces.

Así que aquél era el tercer año de Dutra en la ciudad, aunque su primero como estudiante de la facultad de medicina. Estas condiciones opuestas, de curtido veterano e inocente neófito, le convertían en un compañero ideal aunque sorprendente. Debido a su egocentrismo controlador, disfrutaba dedicando horas a darme charlas sobre dónde comprar los *bagels* para el desayuno, las cervezas para la tarde, los *falafel* de última hora de la noche, en qué banco debería abrir una cuenta, en qué tienda vendían el dentífrico más barato, qué bar contaba con la mesa de billar, la máquina de discos, la selección de cerveza de barril más aceptables, qué marco incomparable de entre los muchos de la ciudad era más agradable para consumir drogas, practicar el sexo al aire libre, hacer una hoguera... Hasta el momento yo no había encontrado un tipo de necesidad, normal o abstrusa, sobre la que Dutra careciera de una opinión pomposa.

Pero, además de ejercer de sabio, Dutra disfrutaba con un entusiasmo infantil en la facultad de medicina. La consideraba, sin contradicción alguna, su deber, y al mismo tiempo la valoraba como un asombroso golpe de suerte. De ahí su entusiasmo, un sentimiento que hacía extensivo generosamente a todas las demás facetas de su nueva existencia, incluida yo. Dutra poseía una facilidad maravillosa para alternar los discursos autoritarios, casi intimidatorios, con una capacidad de es-

cuchar tan profunda, tan embelesadoramente atenta – ojos rebosantes de interés, sonrisa bobalicona que se ensanchaba hasta extremos imposibles– que mi ínfima resistencia aquella primera noche se había desmoronado mucho antes de que me quitara la ropa. Ningún detalle, ni de su nuevo mundo ni del mío, resultaba insignificante. Aquel día su jornada había sido, a diferencia de la mía, un verdadero suplicio hecho de carreras de obstáculos, búsquedas del tesoro y acampadas nocturnas sin el equipamiento adecuado, y, sin embargo, insistía en que se la contara con detalle.

–Es que estoy agotado. Demasiado agotado para hablar –concluyó todavía espatarrado en el balancín después de una disertación de quizá media hora interrumpida, mientras gesticulaba con brazos y piernas y en ocasiones me salpicaba de cerveza, que caía de la botella al suelo del porche igual que una bofetada–. Saca el otro pack de cervezas de la nevera y cuéntame tu locura de día.

Yo estaba bastante exaltada. La primera de mis clases se había visto interrumpida por estudiantes de segundo año indignados que habían acusado al profesor, un novelista blanco y mayor, especialista en Faulkner y del sur del país, de perpetuar el sentimiento colonialista en su último libro.

–Su consigna era ¡Joseph Conrad, Joseph Conrad! – le expliqué salpicándome una mano de cerveza en un intento por imitar otra mano blandiendo una pancarta–. Ya sabes, por la defensa que hace Conrad del colonialismo. Así que vamos a tener una reunión de emergencia para decidir si debemos boicotear sus clases o quedarnos y tratar de sabotearlas desde dentro.

–¿Puedo hacer una pregunta muy estúpida? –dijo Dutra en un tono que sugería que la pregunta pondría de manifiesto que la estupidez mundial residía en otra parte–. Para esas personas, ese nombre, Joseph Conrad, ¿se supone que es un insulto?

–Pues ¡claro! Es evidente.

–Pero Joseph Conrad es un escritor fabuloso.

Era la declaración esperable de alguien que no era ni un estudioso ni un escritor; incluso Dutra tenía sus limitaciones.

–No creo que estuvieran hablando tanto de su escritura como de sus ideas políticas. Y de la manera en que su discurso perpetúa el *statu quo*. Las desigualdades de poder entre los blancos, que controlan el discurso, y los no blancos, que están controlados por el mismo.

–¿Y a quién le importan sus ideas políticas? –dijo Dutra mientras se daba impulso para levantarse del balancín.

–Yo creo que sus ideas políticas son inseparables de...

–Eso es una gilipollez. ¿Te gustan sus libros o no?

–¿Qué libros?

–Los de Joseph Conrad.

Aquella era una pregunta que no me esperaba.

–Solo he leído *El corazón de las tinieblas*, pero... me gustó –reconocí por fin. Era la clase de doble admisión